

PENSAMIENTO ECONÓMICO

El pensamiento liberal a través de la visión de Mario Vargas Llosa

José María López Jiménez

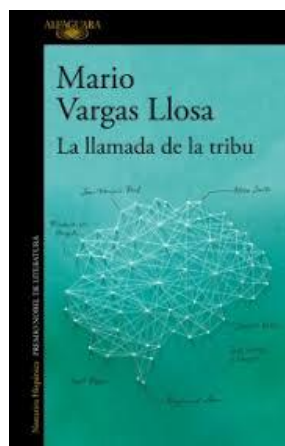
Resumen: En este artículo se repasa el pensamiento liberal, tomando como referencia la selección de autores y las vivencias personales de Mario Vargas Llosa contenidas en “La llamada de la tribu”.

Palabras clave: Pensamiento económico; comunismo; socialismo; liberalismo; democracia.

Códigos JEL: B00; D63.

1. Introducción

Con la salvedad de Adam Smith, cuya vida se enmarcó en el siglo XVIII, los otros seis pensadores cuyas semblanzas son mostradas por Vargas Llosa en esta obra estuvieron marcados por la tensión entre lo individual y lo colectivo del agitado siglo XX, en el que se discernió la prevalencia de una u otra visión y cuyas partes inicial y final fueron prometedoras, aunque sus décadas centrales fueran lo más parecido al infierno en La Tierra que se ha conocido para cientos de millones de personas. Algunas pugnas intelectuales no pasan del campo de lo ideal, pero esta tensión terminó invadiendo la realidad, contaminando sociedades internamente y enfrentando a Estados en una lucha a muerte, en la que la única opción era la eliminación de la visión rival (y del propio rival), sacrificando además de vidas la misma verdad a través de la propaganda y de la manipulación.



La vida de Vargas Llosa ha estado marcada por esta tensión a la que nos acabamos de referir, de lo que el autor da cuenta en las páginas introductorias del libro. Vargas Llosa admite que nunca habría escrito “La llamada de la tribu” si no hubiera leído “To the Finland Station”, de Edmund Wilson, que es un libro autobiográfico pero que viene a describir la historia intelectual y política del peruano, “el recorrido que me fue llevando, desde mi juventud impregnada de

marxismo y existencialismo sartreano, al liberalismo de mi madurez, pasando por la revalorización de la democracia a la que me ayudaron las lecturas de escritores como Albert Camus, George Orwell y Arthur Koestler”.

Este creciente apego por el liberalismo se forjó gracias a ciertas experiencias y, sobre todo, a las ideas de los siete autores a cuyo pensamiento y obra pasa revista en este libro, que son Adam Smith, José Ortega y Gasset, Friedrich von Hayek, Karl Popper, Isaiah Berlin, Raymond Aron y Jean-François Revel. Nos parece tras la lectura de la obra que, de este elenco, con el que más se identifica Mario Vargas Llosa, por lo que deja entrever, acaso sea Berlin, tanto en lo intelectual como en la trayectoria vital. Nos parece oportuno señalar que se han puesto de manifiesto algunas ausencias notables de pensadores liberales, como las de John Stuart Mill o, especialmente, John Rawls¹.

Realmente, “La llamada de la tribu” nos parece que, para el autor, persigue dos fines: (i) servir de homenaje a estos grandes pensadores, por aglutinar lo más selecto de un grupo mucho más amplio que defendió y justificó, muchas veces con el viento en contra, la individualidad —del latín “individuus”: lo indivisible— y la libertad; (ii) repasar la propia trayectoria vital del autor desde el punto de vista de su pensamiento político y tratar de hallar argumentos que justifiquen que la senda que tomó fue la correcta.

En el nombre de este libro resuena claramente el concepto de “espíritu de la tribu”, acuñado por Popper para referirse al “irracionalismo del ser humano primitivo que anida en el fondo más secreto de todos los civilizados”. Este espíritu tribal, “fuente del nacionalismo, ha sido el causante, con el fanatismo religioso, de las mayores matanzas en la historia de la humanidad”, y ha sido el comunismo lo que mejor ha representado este retorno, “con la negación del individuo como ser soberano y responsable”.

¹ Moreso, J.J., “El liberalismo del liberal Mario Vargas Llosa”, Claves de Razón Práctica, nº 260, Septiembre/Octubre, 2018, págs. 135 y 136.

Vargas Llosa admite que para su generación, y no únicamente en América Latina, “lo ocurrido en Cuba fue decisivo, un antes y un después ideológico”, que convirtió a la isla, con su régimen, en una referencia en la que identificarse ante el predominio norteamericano. Recuerda los cánticos de los más jóvenes en La Habana, a propósito de la “crisis de los misiles”, en 1962: “Nikita, mariquita, / lo que se da / no se quita”. Esos fueron los años en que leyó a autores comunistas o cercanos al partido como Lukács, Gramsci, Goldmann, Fanon, Debray, el Che Guevara o Althusser, aunque fue en esos días cuando comenzó a leer a un autor “incómodo” como Raymond Aron en “Le Figaro”, casi a hurtadillas.

1968 supuso para Vargas Llosa un encontronazo con la realidad: en un viaje a la URSS para asistir a un homenaje a Pushkin, descubrió, en contra de lo pontificado por Sartre, Simone de Beauvoir y Merleau-Ponty, que se referían a la URSS como la representación del progreso y el futuro, una patria “sin putas, ladrones ni curas” (Paul Eluard), que si hubiera sido ruso “habría sido en ese país un disidente (es decir, un paria) o habría estado pudriéndome en el Gulag”. La experiencia le dejó “poco menos que traumatizado”.

A Sartre le dedica alguna reflexión adicional, a propósito de la entrevista hecha por Madeleine Chapsal aparecida en “Le Monde”. La decepción de Vargas Llosa derivó de las declaraciones de Sartre, que manifestó que comprendía que los escritores africanos renunciaran a la literatura para hacer primero la revolución, y que frente a un niño que moría de hambre “La Náusea no sirve de nada”. Esto le llevó a releer a Albert Camus y a darle la razón en su polémica con Sartre sobre los campos de concentración en la URSS, emergiendo como una verdad como un puño la idea de Camus de que “cuando la moral se alejaba de la política comenzaban los asesinatos y el terror”.

La ruptura de Vargas Llosa con Cuba era, pues, inevitable, y se precipitó con el llamado “caso Padilla”, activo participante en la Revolución cubana que dirigió alguna crítica a la política cultural del régimen en 1970, lo que le llevó a la cárcel bajo la acusación —carente de fundamento— de ser agente de la CIA. Vargas Llosa, junto a otros cuatro amigos de Padilla (los hermanos Goytisolo, Enzensberger y Castellet) redactó en Barcelona una carta de protesta a la que se adhirieron Sartre y Simone de Beauvoir, entre otros. Fidel Castro acusó a los autores del escrito de servir al imperialismo, vedándoles el acceso a Cuba.

Tras esta ruptura con el socialismo, Vargas Llosa comenzó una etapa en la que, paulatinamente, revalorizó la democracia y sus “libertades formales”, que no eran una simple fachada de la que se servía la democracia

burguesa para explotar a los pobres, sino “la frontera entre los derechos humanos, la libertad de expresión, la diversidad política, y un sistema autoritario y represivo” como el comunista. La democracia, con sus imperfecciones, “reemplazaba la arbitrariedad por la ley y permitía elecciones libres y partidos y sindicatos independientes del poder”.

Para dar un paso más en su liberalismo fueron fundamentales los años en que Vargas Llosa residió en Inglaterra, desde finales de los 60 del siglo XX, en los que ejerció como profesor universitario y vivió de cerca la era de Margaret Thatcher —a la que conoció personalmente en una cena, a la que asistió Isaiah Berlin, entre otros, organizada por el historiador Hugh Thomas—, quien, junto con Ronald Reagan, reafirmaron las democracias occidentales, sin complejos de inferioridad frente al comunismo. Aunque en algunos aspectos sociales y morales Thatcher y Reagan eran más conservadores y reaccionarios que liberales, “hechas las sumas y las restas” Vargas Llosa muestra el convencimiento de que “ambos prestaron un gran servicio a la cultura de la libertad”. Nuestro autor puntualiza que el conservadurismo y el liberalismo son cosas diferentes, “lo cual no quiere decir que no haya entre liberales y conservadores coincidencias y valores comunes, así como los hay también entre el socialismo democrático —la socialdemocracia— y el liberalismo”.

Un hito fundamental para la fijación de la visión liberal de Vargas Llosa fue su oposición al intento de nacionalización de todo el sistema financiero peruano por Alan García en 1987. Si algo ennoblece al liberalismo, es que, según Vargas, a diferencia del marxismo, aquel no es dogmático y “admite en su seno la divergencia y la crítica, a partir de un cuerpo pequeño pero inequívoco de convicciones”. Precisamente en aplicación de estos postulados, Vargas Llosa reconoce que el liberalismo ha generado en su seno una “enfermedad infantil”, un sectarismo encarnado en algunos economistas “hechizados por el mercado libre como una panacea capaz de resolver todos los problemas sociales”.

El credo social y económico de Vargas Llosa en cuanto al papel del Estado se recoge en las últimas páginas del capítulo introductorio del libro: (i) los liberales quieren un Estado fuerte y eficaz, lo que no significa un Estado grande —“el Estado pequeño es generalmente más eficiente que el grande”—; (ii) el Estado debe asegurar la libertad, el orden público, el respeto a la ley y la igualdad de oportunidades; (iii) la igualdad ante la ley y la igualdad de oportunidades no significan la igualdad en los ingresos y en la renta, debiendo incentivarse la efectiva aportación de beneficios al conjunto de la sociedad como vara de medir; (iv) el sistema educativo debe ser de alto nivel para asegurar en cada generación

un punto de partida común, sin que sea necesario suprimir la enseñanza privada en beneficio de la pública; (v) salvo la defensa, la justicia y el orden público, en los que el Estado tiene la primacía (que no el monopolio), lo ideal sería que en el resto de actividades económicas y sociales se incentive la mayor participación ciudadana en un régimen de libre competencia.

Los ataques al liberalismo, más recientemente a un “neo-liberalismo” que se presenta como punta de lanza del imperialismo y de las formas más despiadadas del colonialismo y el capitalismo, se han sucedido a lo largo de las décadas. Sin embargo, para Vargas Llosa, “la doctrina liberal ha representado desde sus orígenes las formas más avanzadas de la cultura democrática y es la que ha hecho progresar más en las sociedades libres los derechos humanos, la libertad de expresión, los derechos de las minorías sexuales, religiosas y políticas, la defensa del medio ambiente y la participación del ciudadano común y corriente en la vida pública”.

Con los testimonios de pensamiento y vida de los siete grandes autores a los que nos referiremos a continuación, Vargas Llosa trata de contribuir a la ardua tarea de poner el liberalismo en el lugar que le corresponde.

2. Adam Smith (1723-1790)

Aunque se le conoce como el “padre de la Economía”, el mismo Smith se habría quedado estupefacto de conocer tal apelativo, pues siempre se consideró, más bien, un moralista y un filósofo —extremadamente austero— que pretendió desarrollar una “ciencia del hombre” y explicar el funcionamiento de la sociedad. Su prestigio se forjó gracias a una serie de conferencias públicas impartidas en Edimburgo entre 1748 y 1751. El lenguaje claro, directo y conciso fue el elegido por Smith para expresar las emociones, los sentimientos y las ideas, y llegar a todo su auditorio y a sus lectores. El pensador escocés abrazó la tesis de David Hume de que “la propiedad es la madre del proceso civilizatorio”. También era de la opinión de que la bondad prevalece sobre la maldad.

De su primera obra (“La teoría de los sentimientos morales”) surge una de las más originales aportaciones de Smith al mundo de las ideas, al parecer de Vargas Llosa: el “espectador imparcial”, que es un juez o árbitro que los seres humanos llevamos dentro y que, adoptando siempre una posición objetiva sobre nuestra conducta, la juzga, aprobando o condenando lo que hacemos y decidimos.

Pero no sería la anterior obra sino “La riqueza de las naciones” la que daría fama universal a Smith, y el reconocimiento de Hume, Burke, Kant o Voltaire (este

último llegó a decir tras su lectura: “no tenemos a nadie que se le compare, lo siento por mis queridos compatriotas”). Los primeros apuntes del libro se escribieron en Toulouse, donde Smith residió con el duque de Buccleuch, al que tuteló en un largo viaje de estudios por Europa. Smith entabló contacto personal en Francia con D’Alembert, Turgot, Helvetius, Quesnay, los fisiócratas...

Vargas Llosa identifica como lo más notable y duradero de “La riqueza de las naciones” el descubrimiento del “mercado libre como motor del progreso” —con la división del trabajo que le sigue— y lo insólito que resulta que “trabajando para materializar sus propios anhelos y sueños egoístas, el hombre común y corriente” contribuya al bienestar de todos. El progreso, en suma, no se basa ni en el altruismo ni en la caridad sino en el egoísmo, y en un sistema no preconcebido sino espontáneo cimentado sobre la libertad y las libertades, como destacaría siglos más tarde Hayek, por lo que, a la contraria, “los grandes enemigos del mercado libre son los privilegios, el monopolio, los subsidios, los controles, las prohibiciones”. Smith afirmó que “ninguna sociedad puede ser próspera y feliz si la mayoría de sus miembros son pobres y miserables”.

Smith también trató sobre el dinero, percatándose de que, al principio, las monedas incorporaban la cantidad de metal que decían tener, aunque, más adelante, “la avaricia e injusticia de los príncipes y Estados soberanos [...] abusando de la confianza de sus súbditos fueron disminuyendo la cantidad de metal que sus monedas contenían”, para mejor estafar a sus acreedores (“no hay arte que ningún Gobierno aprenda pronto como el de sacar dinero del bolsillo de los contribuyentes”, dejó escrito Smith, y que, si hay que pagar impuestos, estos, al menos, sean justos).

En cuanto al precio de las mercancías, Adam Smith estimaba que debía medirse por el trabajo invertido en fabricarlas, idea esta que llegó al propio Marx y que aún suscita intensos debates entre los economistas de nuestro tiempo. En cuanto a los trabajadores, Smith era de la opinión de que los bien pagados rinden más, aunque el ciudadano virtuoso debe definirse, además de por laborioso, por prudente y austero. Los comerciantes, con su actitud recta, deberían ser el espejo en el que se miren sus empleados y, por ende, la ciudadanía en general, y representarían la vanguardia del progreso (a diferencia del hacendado, que tiende a ser un rentista).

De los abundantes aspectos de “La riqueza de las naciones” que Vargas Llosa identifica, destacamos cómo el capitalismo, sin proponérselo, socava el nacionalismo y supera fronteras creadas artificialmente, o la simpatía mostrada por las colonias inglesas en Norteamérica,

mucho más prósperas que las colonias españolas o las lusas por disponer de una amplia libertad para producir y comerciar.

El capítulo dedicado a Smith se cierra con una paradoja apuntada por Vargas Llosa: que aquel, en 1778, es decir, al final de su vida, fuera nombrado jefe de la aduana de Edimburgo, y que, por consiguiente, el mejor defensor del libre comercio que haya habido en el mundo terminara sus días ejerciendo un cargo cuya sola existencia representaba la negación de sus más caras ideas.

3. José Ortega y Gasset (1883-1955)

Aunque vinculamos a Ortega con obras como “La rebelión de las masas” o “España invertebrada”, su obra se creó partiendo de “conferencias y textos breves, escritos para diarios y revistas, que luego recopilaba en libros”. Ortega identificó algunos problemas seculares de España, como la deriva de los movimientos independentistas catalán y vasco, la pobreza intelectual y política de su nobleza, la mediocridad e incultura de sus políticos y la orfandad de sus hombres de ciencia.

En “La llamada de la tribu” se destaca que Ortega asumió el “compromiso del intelectual” mucho antes que los existencialistas franceses, aunque se le reproche la falta de una mayor rotundidad para condenar la Guerra Civil y la dictadura franquista. Su máxima fue que “la claridad es la cortesía del filósofo”; la obsesión por hacerse entender por su auditorio y sus lectores fue “una de las lecciones más valiosas que nos ha legado” Ortega.

Vargas Llosa admite que “La rebelión de las masas” parte de una intuición genial y exacta, que permitió identificar uno de los rasgos clave de la vida moderna: “ha terminado la primacía de las élites; las masas, liberadas de la sujeción de aquéllas, han irrumpido en la vida de manera determinante, provocando un trastorno profundo de los valores cívicos y culturales y de las maneras de comportamiento social”. Para Ortega, la mayor presión de las masas lleva aparejada la necesidad de defender más intensamente al individuo.

El comunismo o el fascismo, dice Ortega, son ejemplos típicos de la conversión del individuo en hombre-masa, aunque esta realidad pegajosa y viscosa también se entrevé en las actuales democracias, en las que el individuo tiende cada vez más a ser absorbido por conjuntos gregarios a los que corresponde el protagonismo de la vida pública. La barbarie, el retorno al primitivismo —“la llamada de la tribu”— sigue ocultándose bajo un atuendo de modernidad.

Ortega revela otras claves como la visión cosmopolita y antinacionalista, la necesidad de “europeizar España” o

la de poner la cultura al alcance de todos los ciudadanos, aunque, en este último aspecto, se le tache habitualmente de elitista, lo que Vargas Llosa salva indicando que “los patrones estéticos e intelectuales de la vida cultural debían fijarlos [para Ortega] los grandes artistas y los mejores pensadores”, pues si los referentes para el conjunto de la sociedad se fijaran por el gusto promedio de la masa, “el resultado sería un empobrecimiento brutal de la vida de la cultura y poco menos que la asfixia de la creatividad”.

Sin embargo, falta en Ortega, para Vargas Llosa, “la defensa de la libertad económica del mercado libre, un aspecto de la vida social por el que Ortega siente una desconfianza parecida al desdén y sobre el cual muestra a veces un desconocimiento sorprendente en un intelectual tan curioso y abierto a todas las disciplinas”. Posiblemente se puedan encontrar en Ortega unas “reminiscencias del desprecio o por lo menos de la inveterada desconfianza de la moral católica hacia el dinero, los negocios, el éxito económico y el capitalismo”. A pesar de ello, tras la llegada de la Segunda República, Ortega admitió su ignorancia en materia económica y recomendó la formación de un cuerpo de economistas para asesorar al Gobierno en su política económica, aunque para ello fuera necesario contratar especialistas extranjeros si es que en España no se podían encontrar técnicos y profesionales de las finanzas con las adecuadas competencias.

De Ortega hemos aprendido, y así cierra Vargas Llosa el capítulo dedicado a este autor, que “la libertad económica es una pieza maestra, pero de ningún modo la única, de la doctrina liberal”: el liberalismo es, antes que nada, “una actitud ante la vida y ante la sociedad, fundada en la tolerancia y el respeto, en el amor por la cultura, en una voluntad de coexistir con el otro, con los otros, en una defensa firme de la libertad como valor supremo”. Esta libertad es motor del progreso material, de la ciencia, las artes y las letras, y de la civilización que ha hecho posible al individuo soberano.

4. Friedrich von Hayek (1899-1992)

Si la obra de este autor se ha de relacionar con una obra en concreto, esta quizás sea “Camino de servidumbre”, en la que se posiciona contra la planificación económica, originada en realidad en el seno del “sansimonismo”, auténtica enemiga de la libertad. Otras obras posteriores a destacar son “La constitución de la libertad”, su obra magna, “Derecho, legislación y libertad” o la “La fatal arrogancia”, su último ensayo. Fue promotor, junto a otros pensadores afines, de la “Mont Pèlerin Society”, creada en 1947, orientada a actualizar y defender el liberalismo clásico.

La doctrina de Hayek se funda en el individuo soberano que se emancipa de la “placenta gregaria” y actúa libremente, imprimiendo su huella en el entorno en el que vive. La ambición individual es la fuerza que dinamiza la economía de mercado y hace posible el progreso.

La libertad, por su parte, es inseparable de una cierta desigualdad, que, para ser éticamente aceptable, sólo debería reflejar las diferencias de talento y esfuerzo y no resultar en caso alguno del privilegio ni de la discriminación o la injusticia.

Buena parte de sus reflexiones traen origen de la polémica mantenida con John M. Keynes durante los años 30 y 40 del pasado siglo, a pesar de que tenían numerosas referencias intelectuales en común². De hecho, Keynes leyó “Camino de servidumbre” cuando se dirigía a la Conferencia de Bretton Woods, y la buena impresión que le causó la obra le llevó a felicitar a Hayek señalando que había escrito “un gran libro”.

Como ocurre con Von Mises, con Popper o con Berlin, Hayek no puede ser encasillado en la Economía, pues sus ideas son renovadoras en el campo de prácticamente todas las ciencias sociales.

Algunas propuestas de Hayek, como la de privatizar el mercado del dinero, nos podrían parecer bizarras, pero el tiempo, a la vista de fenómenos recientes como la aparición de las monedas virtuales, parece haber confirmado su intuición. Donde, admite Vargas Llosa, no se le puede dar la razón es en afirmaciones como que “una dictadura que practica una economía liberal es preferible a una democracia que no lo hace” (conocido y controvertido es el apoyo ideológico que Hayek prestó a la dictadura de Pinochet en Chile).

Al margen de declaraciones desafortunadas o de criterios manifiestamente erróneos como el mencionado, muchos siguen afirmando que el liberalismo ha fracasado, tanto en las sociedades más avanzadas como en las que han tratado de ponerse a su altura (caso, por ejemplo, de Rusia). Vargas Llosa cree que quienes mantienen esta postura desconocen a Hayek o lo leyeron mal, pues el liberalismo no consiste en liberalizar precios y abrir fronteras a la competencia internacional sin más, sino en “la reforma integral de un país, en su privatización y descentralización a todos los niveles, y en

transferir a la sociedad civil —a la iniciativa de los individuos soberanos— las decisiones económicas esenciales. Y en la existencia de un consenso respecto a unas reglas de juego que privilegian siempre al consumidor sobre el productor, al productor sobre el burócrata, al individuo frente al Estado y al hombre vivo y concreto de aquí y de ahora sobre aquella abstracción con la que justifican todos sus desafueros los totalitarios: la humanidad futura”.

La libertad y el mercado son dos pilares de la teoría “hayekiana” pero también lo son la ley y el respeto a la misma. En este punto, Hayek diferencia entre ley y legislación: “*kosmos*, el orden legal espontáneo, y *taxis*, la legalidad impuesta por el poder”. La primera es la legalidad natural, que surge de la costumbre y la tradición, y la segunda es la originada racionalmente en los parlamentos y tribunales, que puede fracturar y distorsionar a la primera y ser tan perjudicial en el campo jurídico como la planificación en los ámbitos social y económico.

No es de extrañar, en consecuencia, que el gran enemigo de la libertad sea para Hayek el constructivismo o la ingeniería social, es decir, «la fatídica pretensión [...] de querer organizar, desde un centro cualquiera de poder, la vida de la comunidad, sustituyendo las instituciones surgidas sin premeditación ni control (la ley común, el *kosmos*) por estructuras artificiales y encaminadas a objetivos como “racionalizar” la producción, “redistribuir” la riqueza, imponer el igualitarismo y uniformar al todo social en una ideología, cultura o religión».

En la explicación de Vargas Llosa de “Camino de servidumbre”, a propósito de los valores morales que deben sustentar toda sociedad, sus instituciones, ciudadanos y empresas, se desliza un comentario del autor peruano relacionado con la crisis financiera de 2008, cuyo origen enlaza con la “voluntad de lucro que llevó a bancos y a empresas a groseras violaciones de la ley”, provocando el colapso de la economía y su rescate con dinero público, con grave daño al capitalismo y a la economía de mercado, y con el efecto no previsto de la revitalización de lo que parecía un moribundo colectivismo”. Siendo aceptables algunas de sus observaciones acerca de las causas de la crisis financiera, que son en realidad mucho más profundas, nos sorprende la insuficiencia de los argumentos en esta materia de un autor de su talla.

Vargas Llosa apunta, podría ser que demasiado tajantemente, cómo Hayek no distinguió suficientemente entre el socialismo marxista-leninista y socialismo democrático practicado, entre otros, por los laboristas ingleses: “Él creía [Hayek] —era uno de sus grandes

² Un reflejo de esta polémica se puede encontrar en Wapshott, N., “Keynes vs Hayek”, W.W. Norton & Company, Inc., New York, 2011, obra reseñada en el blog Todo Son Finanzas, “Keynes vs. Hayek. El choque que definió la economía moderna”, 22 de febrero de 2017, comentario al que se puede acceder en el siguiente enlace: <http://todosonfinanzas.com/resenas-de-libros/keynes-vs-hayek-el-choque-que-definio-la-economia-moderna/>.

errores— que la distinción entre socialismo totalitario y democrático es una ilusión, algo provisional y aparente que, en la práctica, se iría borrando a favor del primero”.

5. Karl Popper (1902-1994)

Si a Hayek lo recordamos esencialmente por “Camino de servidumbre”, a Popper lo tenemos en mente sobre todo por “La sociedad abierta y sus enemigos” (por otra parte, acuñó el célebre “falsacionismo”, según el cual las verdades científicas son, por definición, provisionales y “falseables”).

Popper no creyó que la Historia se rigiera por leyes, ni que esta pudiera servir para anticipar el futuro. Vargas Llosa establece en este punto un interesante paralelismo con la literatura: “La concepción de la historia escrita que tiene Popper se parece como una gota de agua a otra a lo que siempre he creído es la novela: una organización arbitraria de la realidad humana que defiende a los hombres contra la angustia que les produce intuir el mundo, la vida, como un vasto desorden”.

De origen judío, su educación fue protestante y estoica, puritana, de “renuncia de toda sensualidad, auto exigencia y austeridad extremas” (llegó a aprender griego clásico para leer a Platón y Aristóteles). De hecho, si algo reprochó a Marx —o a Kennedy— no fueron sus ideas, sino haber tenido amantes. Le horrorizaba cualquier forma de nacionalismo, de “regreso a la tribu”.

Alineado con Ortega, según Popper el intelectual debe buscar la claridad: “In my view, aiming at simplicity and lucidity is a moral duty of all intellectuals: lack of clarity is a sin, and pretentiousness is a crime” (como crítica personal, en algún pasaje citado por Vargas Llosa, Popper se autodefine como “intelectual”, lo que afea, incluso a un autor de su talla, este pretendido propósito de utilidad que la actividad de cualquier pensador debe acarrear para la ciudadanía, al poner a aquel, aparentemente, en un nivel si no superior sí, al menos, distinto del de la gente común).

En 1984 publicó una carta privada (“Against Big Words”), en la que admitió que el creciente poder de la maquinaria estatal —que lleva aparejada la planificación— es el máximo peligro para la libertad, para concluir: “soy anti marxista y liberal”, en línea con la tesis sostenida en “La sociedad abierta y sus enemigos”, por la que critica la denominada por él “tradición historicista”, comenzada por Platón, renovada por Hegel y rematada por Marx. Esta corriente, madre de todos los autoritarismos, refleja un inconsciente pánico a la responsabilidad que la libertad impone al individuo, y el deseo de sacrificar esta para librarse de aquella, sobre todo a través del regreso a lo colectivo, a la tribu. Como

efecto colateral, este retorno supondría el sacrificio del comercio, del desarrollo de la razón y del mismo ejercicio de la libertad.

La libertad económica defendida por Popper (“economic power may be nearly as dangerous as physical violence”), más integradora socialmente que la promovida por Hayek, debía dar cancha a una educación pública de alto nivel y a iniciativas “para proteger al económicamente débil del económicamente fuerte” e incentivar una vida cultural intensa y accesible con el fin de crear una “igualdad de oportunidades” apta para combatir en cada generación los dogmas religiosos y el espíritu tribal.

Si la realidad debe ser renovada, afirma Popper, la transformación gradual y consensuada de la sociedad es preferible a la pretensión revolucionaria de cambiarla de manera inmediata, total y definitiva: “[...] una vez que nos damos cuenta de que no podemos traer el cielo a la tierra, sino sólo mejorar las cosas *un poco*, también vemos que sólo podemos mejorarlas *poco a poco*”.

6. Raymond Aron (1905-1983)

Al tratar sobre Aron, que conoció bien y padeció la ocupación alemana, es ineludible regresar al “Mayo de 1968”, cuyas resonancias parecen excesivas para lo que realmente significó. Aron defendió la democracia liberal “contra las dictaduras, la tolerancia contra los dogmas, el capitalismo contra el socialismo y el pragmatismo contra la utopía”. A través del ejercicio del periodismo confirmó, en una de esas raras excepciones, que se puede ser intelectual y divulgador.

Predicando con el ejemplo, fue de los primeros franceses que se atrevió a afirmar que la independencia de Argelia era inevitable, lo que le generó tensiones con De Gaulle, con quien la relación personal venía siendo tortuosa desde los años de la Segunda Guerra Mundial, y que le llegaron a calificar como “portavoz del gran capital norteamericano”.

Incomprensiblemente, fue una especie de exiliado en su Francia natal, aunque a partir de los setenta del siglo XX, confirmadas sus predicciones sobre la URSS, fue ampliamente reconocido.

Ejerció en solitario como “francotirador” en el momento en el que más valentía se necesitaba para ello: en el apogeo del marxismo y del existencialismo encarnado en Sartre o Merleau-Ponty (este, a diferencia del anterior, rectificó su postura). En la polémica de 1952 entre Camus y Sartre, este justificó los campos de concentración soviéticos (denominados “gulags” por Solzhenitsyn). Aron, que se alineó con Camus, subrayó la paradoja de cómo la violencia seduce cada vez más

profundamente a la clase intelectual, como ya ocurrió en el seno de movimientos como el fascismo y el nazismo.

Aron también destacó “el mito del proletariado”, cuyos derechos y nivel de vida a mediados del siglo XX en países como los Estados Unidos, Suecia o Gran Bretaña estaban abismalmente separados de los propios de los países atrasados y del tercer mundo. Ni siquiera en la URSS la situación del proletariado era mejor, pues en vez de ser esclavo de los capitalistas lo era de los dirigentes políticos comunistas, autoproclamados representantes de la Historia. La Historia, precisamente, no solo se mueve por la lucha entre el proletariado y la burguesía, sino por muchos otros factores sociales, culturales, tradicionales, religiosos, económicos, personales...

Para Aron, los “estudiantes del 68” pretendían crear una democracia directa, a pesar de que la revolución en sí no era democrática, y, aunque se declaraban marxistas, resultaban más antisoviéticos que anticapitalistas. Señaló lo obvio, como destaca Vargas Llosa: “la sociedad de consumo es lo único que permite mantener a decenas de miles de estudiantes dentro de la universidad”.

El autor francés escribió que los más altos niveles de vida los han alcanzado los países con democracia política y una economía relativamente libre, lo que no justifica el optimismo, pues hay que atender a diversas amenazas, la principal la proveniente del Estado y, después, la de los Estados totalitarios (la URSS de entonces y China). La pervivencia del mundo civilizado requiere la alianza entre Europa y los Estados Unidos (en el debe de Aron, precisa Vargas Llosa, habría que anotar, como en el de Camus, el desinterés por América Latina, África y Asia).

7. Isaiah Berlin (1909-1997)

Berlin es otro de los autores de referencia de Vargas Llosa, capaz, en palabras de este, “de abolirse, invisibilizarse, dar la ilusión de que sus historias son autogeneradas”, lo que continuamente vienen persiguiendo la mayoría de los novelistas posteriores a Flaubert, y todo ello partiendo de un elemento tan sencillo como es el sentido común, la más valiosa de las virtudes políticas.

Trabajó en el Ministerio de Asuntos Exteriores (“Foreign Office”) de su país de acogida, Reino Unido, entre 1941 y 1945, y sorprendió con sus informes al mismo Churchill. A diferencia de otros pensadores recluidos en su torre de marfil, tuvo una intensa vida social, especialmente en los Estados Unidos, lo que no afectó al desarrollo de su trabajo intelectual ni le indujo a caer en la banalidad.

Como el resto de pensadores del siglo XX, Berlin, de origen letón, padeció los efectos de la Revolución de

1917, el exterminio de los judíos, la creación de Israel, la Guerra Fría, el enfrentamiento entre el comunismo y la democracia...

Berlin parte de que es falso que haya una sola respuesta verdadera para cada problema humano: todas las grandes utopías sociales, de Platón a Marx, han partido de un acto de fe.

Es particularmente conocido por sus dos visiones de la libertad, la negativa y la positiva: la primera trata de preservar al individuo de interferencias ajenas, y la segunda de permitirle, de forma efectiva, el ejercicio de su libertad. Ambas nociones de libertad se repelen la una a la otra, por lo que lo ideal es tratar de conseguir una transacción entre ellas.

También se vincula con Berlin la diferenciación entre erizos y zorros, partiendo de un fragmento del poeta griego Arquiloco: “El zorro sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una gran cosa”.

Disfrazado o explícito, en todo erizo hay un fanático, en un zorro encontramos un escéptico y un agnóstico. Los erizos han propiciado grandes hazañas, los zorros la mejora de la calidad de vida. Los erizos han proliferado en la política y en la ciencia, los zorros en las artes y en la literatura.

Dante, Platón, Hegel, Dostoievsky, Nietzsche y Proust fueron, según Berlin, erizos; Shakespeare, Aristóteles, Montaigne, Molière, Goethe, Balzac o Joyce, zorros. Para Vargas Llosa, el propio Berlin fue un zorro.

Aunque Berlin no niega que haya “fuerzas objetivas” en los procesos sociales, cree que la intervención de los individuos —líderes, gobernantes, ideólogos— es fundamental y decisiva, relevando a un segundo plano a aquellas fuerzas y determinando la dirección de un pueblo. Destaca a los que como Churchill, Roosevelt o Weizmann son capaces de imprimir este impulso dentro del marco democrático, respetuoso de la legalidad, tolerante con la crítica y los adversarios y obediente al veredicto electoral. Pero más que a los hombres de acción, Berlin privilegiaba a los estudiosos, a los pensadores, a los enseñantes, esto es, a los que producen, critican o diseminan las ideas (Einstein, Huxley, Pasternak...). De lo que escribe se desprende que es imposible disociar la grandeza intelectual y artística de un individuo de su rectitud ética.

A diferencia de otros pensadores liberales como Hayek o Von Mises, Berlin siempre albergó dudas sobre el “laissez faire”. Su liberalismo, más bien, se dirigió a comprender al adversario ideológico (“es aburrido leer a los aliados”).

8. Jean-François Revel (1924-2006)

Vargas Llosa va directo al grano: Revel hace pensar en un Albert Camus o en un George Orwell de nuestros días. Con este último compartió que siendo ambos socialistas sus mayores críticas se dirigieron a la izquierda, que les lanzó los peores ataques. Revel, con un estilo claro y nada superficial, prestaba más atención a los hechos que a las teorías, las cuales rebatió siempre que no concordaban con la realidad. En la familia liberal la posición de Revel estuvo cerca del anarquismo, sin caer nunca en él.

Como los de Aron, su amigo y maestro, los artículos de Revel fueron un modelo de lucidez en la segunda mitad del siglo XX, en un ambiente social dominado en Francia por el marxismo y sus variantes, a los que se enfrentaron en nombre de la cultura democrática. Vargas Llosa cree que no han sido reemplazados, lo que confiere un tono gris a los actuales diarios y a las revistas francesas.

Su primera obra filosófica fue “¿Para qué los filósofos?”, que marcaría su despedida tormentosa de esta disciplina, de la universidad francesa y de sus profesores de humanidades. En “La tentación autoritaria”, cuya publicación provocó un verdadero escándalo, afirmó que el principal obstáculo para el triunfo del socialismo en el planeta no era el capitalismo sino el comunismo, sin dejar de defender la socialdemocracia como sistema apto para desarrollar simultáneamente la justicia social y económica y la democracia política.

Nos sorprende la tesis contenida en “Ni Marx ni Jesús”, un libro divertido e insolente para Vargas Llosa: las manifestaciones más importantes de rebeldía social e intelectual en el mundo contemporáneo se habrían producido al margen de los partidos políticos de izquierda y no en los países socialistas sino en la ciudadela del capitalismo (Estados Unidos, Gran Bretaña). Además, cuando en una sociedad se impone la censura, todo comienza a descomponerse; desaparece la crítica y esa deformación es interiorizada por los individuos como una estrategia de supervivencia, reflejando todas las actividades este mismo deterioro. La crisis de la izquierda se explica con los anteriores argumentos, lo que llevó a Revel a concluir: “Todo poder es o se vuelve derecha. Sólo lo convierte en izquierda el control que se ejerce sobre aquél. Y sin libertad no hay control”.

“Cómo terminan las democracias” fue escrito en 1983 (ignoramos si la fecha de aparición guarda relación con “1984”, de Orwell). Vargas Llosa transmite cierta inquietud cuando afirma que de la lectura de esta obra se desprende la impresión de que pronto se cerrará ese

breve paréntesis en la Historia que ha sido la democracia, y el retorno de los países democráticos a la ignominia del despotismo que acompaña a los hombres desde los albores de los tiempos. Revel refiere en su libro las campañas de desinformación de la URSS en Occidente (¿son una novedad las “fake news”?): ¿cómo explicar, si no, las duras críticas lanzadas contra la democracia desde su propio interior mientras se silenciaban los desmanes soviéticos en su propio territorio o en otros países como Afganistán o Angola —a través de Cuba, en este caso—?

Este panorama sombrío no se cumplió, según Vargas Llosa, porque Revel no midió bien dos elementos: la superioridad económica, científica y tecnológica de las democracias occidentales, y los factores internos de desagregación del imperio soviético.

No obstante, las amenazas son cada vez menos latentes y más explícitas a estas alturas del año 2018, y el relativismo cultural, social y político, y las amenazas de desintegración, pesan más sobre Occidente que sobre sus “adversarios” de todo orden.